

Martínez Ruiz crea a Azorín y éste a su vez crea diversos personajes. Tomás Rueda es una criatura poética mediante la cual el autor puede objetivarse, «sentirse otro», para llegar a un más cabal conocimiento de sí mismo y del sentido de su experiencia de la vida, un procedimiento que es habitual en él. Azorín no presenta acciones sino emociones y el lirismo es un elemento fundamental; en el presente texto el ensayo lírico y la novela lírica aparecen fundidos.

Los amantes de la obra del autor de *Tomás Rueda*, entre los que me cuento, hemos de agradecer al profesor Lozano esta excelente edición, cuya «Introducción» y cuyas notas, que complementan y amplían muy adecuadamente la comprensión del texto, revelan tanto su acumen crítico como su profundo conocimiento del pensamiento y del hacer azorinianos.

The Ohio State University

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

Francisco Meix Izquierdo. *La dialéctica del significado lingüístico*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, 235 pp.

En *La dialéctica del significado*, el profesor Meix aborda el ambicioso y amplio tema de la *significación*. Amplio por ser un fenómeno que permea todos y cada uno de los aspectos de la vida humana. Ambicioso, por la dificultad que entraña dar cuenta él. El libro se nos presenta dividido en seis capítulos. Los cinco primeros constituyen un grupo en el que cada uno de ellos sienta las bases de los posteriores y constituye una llave para su comprensión. El sexto, añadido con posterioridad, es una extensión de las reflexiones del resto del libro al lenguaje poético.

El primer capítulo (*Del referente al discurso: La dialéctica ausente*) nos ofrece una revisión crítica de un buen número de teorías semánticas. El autor presenta de una manera breve, algo ecléctica y en ocasiones no muy actualizada, una gran variedad de autores dentro de cada tradición. El hecho de que ninguna de ellas se ocupe del dinamismo existente entre significado y realidad las convierte, según el profesor Meix, en intrínsecamente incapaces de ofrecer una explicación satisfactoria del fenómeno de la significación. El resto del libro se dedicará a definir tal fenómeno y a proponer cómo dar cuenta de él mediante una heurística que lo considere como un proceso de mediación dialéctica entre el significado y la realidad.

El capítulo II (*El discurso y su verdad*) trata del problema de la verdad. Saltando de Tarski a Popper, pasando por autores tan diversos como Feyerabend, Kuhn, Coseriu, Carnap, Quine y Levi-Strauss, y a veces con una redacción un tanto esquemática, el profesor Meix persigue aquí el doble propósito de refutar la concepción de la verdad como algo anterior e independiente de su interpretación por un sujeto, y defender que ésta pertenece al lenguaje y es inherente al discurso que la construye. Consecuentemente, la verdad se concebirá como intersubjetiva, intertextual y susceptible de transformación histórica mediante la tensión comunicativa del discurso que la crea.

El capítulo III (*La carencia ideológica*) se ocupa de la relación entre significación e ideología. La ideología, según Meix, concierne al acto de la significación, mediante el cual el hombre crea la verdad; ésta, a su vez, le permite adquirir conciencia de su identidad individual y colectiva. Puesto que el proceso mismo de creación de la verdad une íntimamente lo social y lo individual, significación e ideología son dos problemas relacionados. Ahora bien, la ideología, de acuerdo con el autor, tiene un efecto negativo para la significación y aparece asociada a la falsedad, y la alienación lingüística. Dado su carácter suplantador, absolutizador, naturalizador y favorecedor de la sumisión, constituye un código que se impone y subyuga, imposibilitando la creación de un discurso propio que permita transformar la realidad. El origen de los trastornos ideológicos del mundo actual reside en lo que el autor llama *carencia ideológica*, una endebles cultural que impide la construcción del significado y que está caracterizada por la coexistencia de diversos universos de discurso que se degradan en lugar de superarse. Todo discurso, incluso el científico, es, según ello, potencialmente ideológico si no aparece unido a la praxis. La licencia, por lo tanto, no puede construirse en paradigma exclusivo de racionalidad.

El capítulo IV (*La percepción trascendida: el ámbito de la connotación*) contempla el fenómeno de la significación en relación con el proceso de conocimiento del entorno y comienza examinando la relación entre discurso lingüístico y percepción. Para el profesor Meix, todo acto de percepción es intencional, puesto que presupone un sujeto que le añade necesariamente los componentes afectivo e intelectual que hacen posible la creación de conocimiento. El hecho de que no se pueda separar la actividad de conocer

de la comunidad en la que ésta se produce, y de que el conocimiento no sea más que la creación de sentido, hacen que el estudio del significado deba ocuparse necesariamente del aspecto funcional del lenguaje.

La denotación se revela como un espejismo que ignora la constante creación del sentido e implica una ruptura entre lenguaje y realidad. Puesto que el sentido se crea mediante la connotación, y dado que ésta constituye la entraña misma de la capacidad creativa del lenguaje, el autor concluye que también ha de ser la esencia funcional del significado. Éste, a su vez, es esencialmente metafórico, dado que la metáfora es un fenómeno textual que constituye la culminación y síntesis del proceso intersubjetivador, la superación de los significados establecidos en la lengua. La semántica, por lo tanto, ha de ampliar sus fronteras si quiere dar cuenta de esta significación connotativa y funcional; la pragmática se presenta como la única disciplina en condiciones de afrontar el reto.

El capítulo V (*La dialéctica del significado*) culmina la línea argumentativa del libro y presenta «la entraña o constitución esencial del significado». Comienza insistiendo una vez más en la naturaleza connotativa del significado y en la intrínseca incapacidad de todos los modelos que no tengan en cuenta la dialéctica de los procesos sociales para explicarlo. Esta dialéctica aparece entendida aquí no como modelo metodológico, sino como elemento caracterizador de todo pensamiento cuyo objetivo sea la comprensión de procesos complejos teniendo en cuenta su dinamismo, su condición generativa o trascendente y su tendencia contextualizadora. El autor continúa defendiendo que la lengua es «un hecho de civilización y no una capacidad mental» (p. 171) —afirmación que me resulta muy difícil de aceptar sin matizaciones—, por lo que las estructuras lingüísticas han de comprenderse también desde un punto de vista funcional, y no solamente formal, como pretende la lingüística. Para el profesor Meix, entonces, la competencia no se opone a la actuación, sino que se implica en ella: el carácter dialéctico de aquélla trasciende las estructuras y las actualiza textualmente. La significación, en este sentido, es el nivel en el que culminan y se recrean los otros niveles del lenguaje. La única disciplina capaz de estudiar la significación es, aquí, una pragmática «ampliada» que no sólo considere presuposiciones y máximas conversaciones, sino que incluya los fundamentos antropológicos del lenguaje. La expresión «dialéctica del significado» aparece así como redundante puesto que las dos palabras que la forman insis-

ten en la constante reconstrucción del sentido que se supera una y otra vez gracias al texto.

El último capítulo (*Literatura e interpretación*), escrito tres años después que el resto, trata de la relación existente entre la función poética del lenguaje, la significación y la interpretación. El autor comienza retomando la concepción de la metáfora como una cualidad esencial al funcionamiento del lenguaje, producto del desajuste entre las posibilidades del código y las necesidades comunicativas del hablante. Desde un punto de vista cognitivo, es un mecanismo de economía lingüística, y no de ornamento, cuyo valor estético depende de los receptores, y no de una caracterización formal. Según ello, la literatura sería el «uso de cualquier tipo de discurso para construir la realidad a través de procesos estéticos» (p. 206). Como todo discurso lingüístico, oscilará entre lo hermenéutico y lo poético, y deberá estudiarse de manera pragmática e interdisciplinar. Puesto que las diferencias entre distintos tipos de discurso son de grado y no de naturaleza, dicotomías como las de estético/práctico, lenguaje poético/lenguaje científico, pierden su validez. La interpretación es, de este modo, la realización del significado como tal, y no un proceso ajeno e independiente a éste.

*La dialéctica del significado* presenta una interesante propuesta metodológica. Su concepción del significado como un fenómeno de naturaleza funcional y dinámica es adecuada. Sin embargo, y desde la perspectiva de lingüística, la propuesta del profesor Meix puede tropezar con un problema derivado del carácter programático del libro y de la amplitud del objeto que pretende estudiar. Este problema —que a la vez constituye una agenda para futuras investigaciones— es el de definir de manera más precisa la naturaleza de esa pragmática «ampliada» a la que el autor se refiere en el capítulo V, y de especificar cómo ésta puede abarcar coherente y sistemáticamente el amplio abanico de variables que pretenden incluirse en ella. Atención especial habrá que prestar a que el modelo resultante sea interdisciplinar, y no meramente ecléctico, y a su adecuación empírica. La respuesta a estos interrogantes será la única manera de evaluar el alcance y el valor de las propuestas de este libro. Por ahora, cabe sólo esperar que el autor aborde estos temas en trabajos futuros.